

Fernando Alegría

Nombres españoles en California



O interesante sobre los nombres españoles en California—en este caso me voy a referir a los nombres geográficos—no es el hecho de que se hayan conservado en un país de habla inglesa, sino más bien la manera en que se conservaron, es decir, las transformaciones que han sufrido a través de los años, convirtiéndose para el visitante de habla hispana en verdaderas curiosidades.

¿Qué tiene de extraordinario que para llegar a mi casa en la ciudad de Berkeley, si vengo de San Francisco, deba atravesar la calle San Pablo, entrar por Marin Avenue, dejar atrás la Alameda, Solano, La Loma, Los Angeles, Buena Vista y detenerme en la esquina de la calle Alamo? Estos nombres no hacen más que recordarnos los días en que sierras y valles californianos, «ranchos», misiones y pueblos formaban parte de la comunidad agrícola mexicano-española, antes de la fundación de Hollywood y las aglomera-

ciones de garages que constituyen las modernas metrópolis del lejano oeste. Desde mi casa todavía puedo contemplar un mapa de nombres españoles que luchan contra la invasión del pozo petrolero, de los astilleros, las fábricas de aviones, de cemento, de automóviles, un mapa donde Martínez se retira, pertinaz pero agotado, ante el ímpetu arrollador de Kaiser. Desde mi balcón se ve el Cerrito—una colina que aun no encuentra su Vicuña Mackenna—Vallejo, aglomerada de barracas y astilleros, la base naval de Alameda, la hermosa aldea de Moraga—verde de lechugas, apacible y blanca organización de adobe, donde resuenan en las tardes las campanas de la Universidad de Saint Mary's—San Leandro y, al otro lado de la bahía, San Rafael, Sauzalito, Tiburón, Corte Madera.

En el diccionario geográfico de Erwin G. Gudde (1) cuento más de ochenta nombres de santos y santas en California, todos en su ortografía española. Desde San Agustín hasta San Ysidro, pasando por el resto íntegro del calendario e incluyendo santos que no dan tan a menudo su nombre a nuestros poblados: San Timoteo, Santa Manuela, San Roque, San Simeón, San Onofre, San Gorgonio, San Emidgio, San Carpofo-ro... Algunos santos han sufrido en labios de «cowboys» sin mayor veneración por las tradiciones lingüísticas. Al pobre San Bernardo le quitaron el Bern pa-

(1) *California Place Names*, University of California Press, Berkeley, 1949.

ra evitar confusiones con otra estación del mismo nombre y el pueblo se llama hoy día San Ardo (Monte-rey). A San Carpofo-ro le ha ido peor, pues a través de los años su nombre ha sufrido las siguientes variantes: San Carpoco, Zanjapoco, y en la pronunciación se oye incluso Sankipoco y Sankipoki. En San Diego, a San Alejo le llaman San Elijo. Pero no todo es maltratar a los santos, cuando alguno de ellos despierta la ternura de estas gentes los caminos de California se alegran con nombres tan cariñosos como San Dieguito Valley, San Francisquito Flat, San Luisito Creek, San Miguelito Creek... (Digamos para los exactos que con el diminutivo se distinguen dos lugares del mismo nombre).

Viajando por entre santos y santitos no se advierte mayor diferencia entre California y los estados del norte de México. La sorpresa del viajero empieza cuando se interna por los caminos secundarios, esos que desembocan, después de numerosos empalmes, en las carreteras 101 (El Camino Real) y 1, que sigue la línea de la costa. Entonces le saltan nombres a la vista como Salsipuedes (Santa Cruz), muy común para designar pasos estrechos en la sierra; Quien Sabe Creek (San Benito) en cuyo origen tal vez se esconde un incidente similar al que dió nombre al volcán Quizapu cerca de Talca. Lerdo (Kern) es el nombre con que bautizó la Southern Pacific a una de sus estaciones en 1872, y no se puede negar que es un bello nombre para un tren de aquella época. Otros parajes

heredaron el nombre de las plagas que sufrieron los colonos en sus vagabundajes por la montaña: Pulgas Creek y Pulgas Rancho en San Mateo; El Piojo Creek, tributario del río Nacimiento; y Garrapata Creek en Monterey.

Para nosotros los chilenos toda una epopeya de aventura se encierra en los nombres californianos que conmemoran los esfuerzos de Pérez Rosales y sus compañeros durante la búsqueda del oro en 1848 y 1849: Chileno Valley en Marin County, Chileno Creek en Merced, Chileno Canyon en Los Angeles y Chile Gulch en Calaveras. La leyenda de su espíritu combativo y aventurero vive en el recuerdo de muchos descendientes de los «forty-niners» y espera la imaginación del novelista para ser recreada en una épica del descubrimiento, de la ambición, de la fortuna y la derrota en una edad y en una tierra que vivían convulsionadas en espectacular violencia.

Por supuesto, después de cada nombre se puede esconder una historia o un mito. La historia es, a veces, épica, a veces cómica, a veces absurda y, a veces, simplemente literaria. El viajero imaginativo se da maña en descifrar los enigmas e intenta explicarlos con uso y abuso de las crónicas, del idioma, de sus conocimientos personales del terreno. Y, naturalmente, en muchos casos se lleva grandes desilusiones. ¿Qué posibilidad más encantadora para enlazar el romántico pasado de California con la tierra andaluza que ese valle de La Alhambra en Contra Costa? Pero el nom-

bre tiene poco que ver con España. A la suegra de John Muir le disgustó el nombre del paraje donde estableció su hacienda en 1880 y le puso La Alhambra en vez de Cañada del Hambre que era su denominación original. Su idea no fué del todo original tampoco, porque alguien en una escritura, en 1842, había cometido el error de escribir Cañada del Hembra, dando así el primer paso de la cursi transformación.

Mis amigos de habla hispana de San Francisco se relamen los labios cuando me explican el significado de Putah Creek en Napa. El profesor Erwin Gudde, para quien la razón histórica vale más que la razón de amor, ha pronunciado una sentencia apocalíptica contra esas «explicaciones»: la palabra Putah—dice Gudde—es el nombre de una tribu de los indios Patwin que vivían a la orilla del mentado río. En los archivos de la Misión de Sonoma los padres se refieren a menudo a estos indios, dándoles el nombre de «indios Putos». Uno de mis amigos me tomó por el brazo el otro día, después de una comida del Club El Buen Vecino, e insistió en narrarme por centésima vez el origen «verdadero» del nombre, con pelos y señales y —como dice José R. Romero por ahí—con más abundancia de aquéllos que de éstas... El profesor Gudde podía haberse ahorrado su trabajo. Dijo mi amigo en conclusión: «Si existieron los indios Putos, por alguna razón les pusieron así... Así que el origen de la palabrita es de todas maneras el mismo».

¿Y qué me dicen de Quesesosi en Yolo County?

También parece palabra india y no es más que el producto de un escribiente enteramente bizco. La escritura en que se pide el terreno data de 1843 y caprichosamente dice así: «Terreno que se soli—en un extremo de la plana—en el otro, cita en—y abajo de la plana: cantidad de ocho sitios». Los muy letrados escribientes y colonos creyeron que el terreno se llamaba Quesesoli, nombre que después degeneró más aún hasta convertirse en el moderno Quesesosi.

Coyote Wells en Imperial posee una historia equívoca. Dicen que el descubridor de los pozos, James E. Matson, vió un coyote sediento rascando la arena en esos parajes y por eso les dió tal nombre. Pero lo curioso es que en el lenguaje minero existe la expresión «coyoteing» que designa una manera especial de trabajar las minas: el minero hace un hoyo y se va hundiendo en él a medida que va cavando y amontonando la tierra a su alrededor en una actividad muy semejante a la de los coyotes. De modo que las ciudades mineras que se llaman Coyote deben, más bien, su denominación a este método de trabajo.

En Ventura hay un lugar que se llama Javon Canyon y, por supuesto, deriva del español «jabón». El origen del nombre data de 1875, cuando H. L. Bickford descubrió una «mina» que según él producía jabón natural... Su fantástica idea provocó sensación en aquella época y de la noche a la mañana surgieron toda clase de compañías con el propósito de explotar

el nuevo «oro» californiano. El tal jabón, según Bickford, servía no sólo para lavar sino que también era un excelente polvo dentífrico. Tanto fué su orgullo en el maravilloso producto que no vaciló en llevar muestras a una exposición industrial en París. Poco después se probó que el polvo apenas servía para agrietar la piel y, por casualidad, para dar un poco de brillo a los cubiertos. La floreciente ciudad de Javon se vino al suelo no sin antes dejar su curioso nombre en la sierra californiana.

Otros nombres hay de más modesta historia: la Cañada del Cojo en Santa Bárbara, llamada así en recuerdo de un jefe indio que recibió a Portola en 1769; Corte Madera en Marín, cuyo nombre viene de una barraca que suplía de maderas al presidio de San Francisco; Cristianitos Canyon en San Diego, que conmemora el bautismo en masa de niños indígenas en una de las expediciones de Portola; Espada Creek en Santa Bárbara, donde un indio le robó la espada a uno de los expedicionarios; y Fandango Valley, lugar de triste memoria, pues allí una partida de viajeros fué sorprendida y masacrada por los indios durante la celebración de una fiesta.

Las etimologías y explicaciones que el profesor Gudde ofrece en su diccionario tratándose de nombres de dudosa ascendencia son, en muchos casos, posibles pero en varios otros, inaceptables. Por ejemplo, en Monterey hay una corriente que se llama Cachaguas Creek.

Según Gudde el nombre viene de una amalgama de «cañada» y «ojo de agua». ¿Por qué una ensalada tan improbable? En México la palabra cachagua es común y significa: albañal, sumidero, canal. Entre los curiosos nombres que se encuentran en Tulare hay un Cameron Creek. Gudde cree que se le puso así por un colono de apellido Cameron (no ofrece pruebas). Si la región es española y mexicana de origen ¿no sería más probable que el nombre viniera de «camarón»? Claro, en muchos casos el hecho de ser chileno pudiera inducirme a error, pero, bien miradas las cosas, las opiniones del profesor Gudde no siempre muestran una base igualmente sólida.

Consideremos el caso de un riachuelo en San Luis Obispo. Recuerdo que la primera vez que lo crucé iba yo con dos amigos en viaje a Los Angeles y, como nuestro destino final era Pasadena, nos salimos de la carretera 101 para cortar camino. Cuando pasamos el puentecillo que luce el curioso nombre de Hüer-Hüero dije a mis amigos: «por aquí deben haber andado chilenos, huerhuero entre nosotros quiere decir cogote y es muy gráfico nombrar así a una corriente que debe estrecharse tanto para pasar por estos lados». Gudde cree que el nombre viene de «huero-huero», palabra mexicana—huero—usada para designar un huevo podrido. Y, prosigue, como las aguas del riacho son sulfurosas no es de extrañar la asociación de ideas. Jamás que yo he pasado por ahí las aguas han olido a nada que se parezca, y a menos que Gudde

ofrezca pruebas al respecto, me quedo con la idea de que el nombre viene de nuestro barbarismo.

Por otra parte, pienso que cuando se trata de nombres que están en perfecto y común uso en la actualidad—ya sea en México o en Sudamérica—lo lógico es aceptarlos en su actual acepción y no inventarles atrabiliarias etimologías. La doctrina de las «aguas sulfurosas» le sirve al profesor Gudde para «explicar» Aromas en Monterey... Los olores sulfurosos no son «aromas» en español sino para quien haya perdido el olfato o para quien se proponga hacer un chiste.

Grata labor puede ser ésta de revisar los nombres españoles en el terreno mismo, viajando por la clara ruta californiana, a través de valles y sierras, desiertos y salinas, lagunas y pantanos, revisando los nombres como el catador pulsaba el oro en el fondo arenoso de un agua cristalina. La historia de California está escrita en letreros a lo largo del camino de las Misiones, entre maravillosas huertas de olivares, naranjos y limones, por las playas de Ventura en la estrella roja de la flor de pascua, en las amapolas y geranios, tanto como en los pozos petroleros que manchan el azul del Pacífico y humillan con sus torres de mecano las formas caprichosas de los acantilados. Debe recorrer uno Santa Bárbara y escalar con ella, de terraza en terraza, la sierra de Santa Inés. El viejo adobe se ve acosado por la impertinente desnudez de las cabañas y «lanays» de tipo hawayano, última importación de los actores de cine. Goleta, Gaviota: pedacitos de agua

azul turquesa abiertos como hocico de flor salvaje para la belleza succulenta de la mujer rubia quemada por el sol. ¿Los mexicanos? A ellos se les encontrará agrupados en las ciudades auténticas, no en los villorrios sintéticos improvisados por el turismo. Viven en los alrededores de Santa María, de San Luis Obispo, Santa Margarita, tierra rica de naranjas y limones, en Atascadero donde crían pollos, en los almendrales de Paso Robles y en Soledad, González, el valle de Salinas apretado de lechugas, remolachas y apio. Hacia la costa están los paisanos de Monterey con sus botes pescadores meciéndose adormiladamente en los muelles apolillados. Bosques de pinos en las alturas, alamedas y viejas encinas en los valles. En el camino a San Francisco interpone San José su progreso material, el torbellino de sus camiones, el trepidar nervioso de sus fábricas recibiendo la fruta milagrosa de las huertas y encerrándola mecánicamente en pintorescas latas de conserva. Las viñas nos sorprenden con su mezcla de frío industrialismo norteamericano y su fragancia subterránea de semilla italiana, escondida en jugos que la voluntad torpe del intermediario jamás permite madurar y enriquecerse. Viñas de Sonoma, Napa, vinos Roma, Gallo, Petri, de color violeta que dejan untada la lengua...

Estos nombres españoles ilustran para el viajero no sólo la historia de guerras y descubrimientos de California, también en ellos se encierra la historia sacra de las misiones, la odisea del oro con sus ecos de balazos

y asonadas, la fábula del petróleo y sus millones, y la crónica, a veces arcádica, a veces trágica, del campo mexicano, de sus ranchos donde el retrato de Juárez y la imagen de la Virgen de Guadalupe ven sucumbir su aureola de luces bajo el brillo sensual de las imágenes que trae temblando el aparato de televisión.

University of California, Berkeley.

